

## ***El paso inferior***

Todo preparado. Cojo chaquetón, guantes y mochila. Un día cualquiera de invierno, acompañado de mi bici. A estas horas de la mañana, ella conoce mejor que yo el camino que debe seguir hacia la universidad.

Como cada día, tras diez minutos pedaleando, me dispongo a cruzar el complicado paso inferior bajo las vías del tren. El carril bici desaparece dando lugar a una estrecha acera compartida con preferencia peatonal. Por si fuera poco, las farolas situadas en mitad del acerado provocan una tremenda sensación de falta de espacio.

Hoy es de los días que me tengo que detener casi por completo. Observo que a unos metros se encuentran un padre y su hijo pequeño. Dejo caer la bici muy lentamente y, con mucha precaución, paso al lado de ellos. Mientras avanzo, escucho al niño decirle a su padre que él también quiere ir en bici porque llegarían mucho antes y así, evitarían madrugar tanto. Sin lugar a duda, oír ese comentario me ha despertado una grata sonrisa.

A partir de hoy, la rutina diaria va a incluir un nuevo acontecimiento, un «*hola*» emitido cada día por una voz dulce e infantil, aproximadamente en el mismo punto del ya conocido paso inferior. Ciertamente, este contacto personal a mitad de camino deshace la rutina diaria y estimula pensamientos como: ¿Irán hoy también por el paso inferior? Y es que es difícil pensar cómo unas personas de las que no sabes ni siquiera su nombre, de dónde proceden o a dónde se dirigen, puedan generar esos pequeños cosquilleos en tu día a día.

La primavera está a la vuelta de la esquina, los fríos trayectos tempraneros se convierten en recorridos mucho más agradables. Los árboles comienzan a abrir

sus hojas y los arbustos se llenan de flores. Pero en el paso inferior nada cambia. Espera... ¡Sí! A la distancia veo que hoy va a ser atravesado por una bicicleta nueva. Y sí, ¡es él! Ahí está atravesándolo con mucha cautela, con ayuda de su padre para transmitirle seguridad. A escasos metros de encontrarnos se gira y, mientras toca el timbre, oigo cómo me grita: «¡hoy yo también voy en bici!». La cara del pequeño refleja un nivel de alegría que no le cabe en su diminuto cuerpo. Continúo mi viaje pensando que, durante muchos días, el tortuoso paso inferior —punto del trayecto que más rechazo me generaba— es ahora aquel que con más ansia esperaré mañana.

*Juan Víctor*